

B
I
B
L
I
O
T
E
C
A

D
E

E
S
T
U
D
I
O
S

T
E
O
L
O
G
I
C
O
S

El Culto Cristiano

WILLIAM D. MAXWELL

Título original: An Outline of Christian Worship

Editó: Oxford University Press, Londres

Tradujo: Roberto E. Ríos

PATRI OPTIMO
PRO PIETATE
FILIVS OBSERVANTISSIMVS
DEDICAVIT

EL FONDO DE EDUCACION TEOLOGICA

Respuesta a sentida necesidad es el FONDO DE EDUCACIÓN TEOLOGICA. Ya la Asamblea del Concilio Misionero Internacional, celebrada en Edimburgo, allá por 1910, expresó su preocupación por el estado de la educación teológica en los campos misioneros. Desde entonces, en sus sucesivas Asambleas, ha venido reiterando esa preocupación suya, hasta que en la celebrada en Gahna en 1957, pudo dar el paso decisivo para embestir de veras la condición existente. Era patente que la magnitud de la empresa a desplegarse a lo largo y ancho del Africa, Asia y América Latina exigía se aliasen recursos humanos y financieros en escala ecuménica.

Merced a generosa donación del Sr. John D. Rockefeller (h) y de nueve Juntas de Misiones de Iglesias Evangélicas de los Estados Unidos, que en conjunto ofrecieron \$ 4.000.000 (USA) al Concilio Misionero Internacional, éste constituyó el FONDO DE EDUCACIÓN TEOLOGICA. Ahí se echaron las bases de operación de este FONDO y se nombró un COMITÉ representativo para administrarlo, a fin de "promover el adelanto de la educación teológica" en las ya citadas regiones del globo. (Desde la fusión del Concilio Misionero Internacional con el Consejo Mundial de Iglesias, ocurrida en 1962, el FONDO ha pasado a depender de este último).

Sería prolijo dar aquí pormenores de la inmensa obra realizada en corto lapso en muchos países de estos tres continentes, a favor de la formación teológica de dirigentes de Iglesias. Nos limitaremos a señalar que aproximadamente una cuarta parte del FONDO ha sido consagrada a lo que se ha dado en llamar "*El programa de libros de texto*".

Con este *Programa* se propone estimular la producción de textos de teología en las diversas lenguas que se hablan en los tres mentados continentes. La idea es que en cada una de las principales de ellas se publiquen unos cincuenta libros de texto para uso en las Facultades de Teología, Seminarios e Institutos Bíblicos. Alrededor de diez de ellos serán *instrumentos básicos* (gramáticas y diccionarios de griego y hebreo, diccionarios bíblicos, concordancias, etc.). Los demás serán libros de *texto esenciales* a la formación teológica, estimada ésta en sentido amplio como para dar cabida a los diversos cauces por que corre el pensar teológico mundial. Estas obras provendrán, pues, de diferentes orígenes. Así algunas serán traducciones o adaptaciones y otras, originales.

En lo que toca a nuestro *Programa*, en castellano, diremos que se ha pedido opinión a unas trescientas casas de estudio teológico protestante de nuestra América y España, para determinar las más urgentes necesidades; y que está aún en proceso de formulación. De la misma manera que en el caso de otros idiomas, se espera que estas decisiones sean tomadas localmente de modo que el *Programa* de publicaciones responda a necesidades reconocidas en cada lugar y no a preconceptos de ultramar. Lo dilatado de nuestro campo de acción, sin embargo, dificulta este propósito, y ha sido necesario establecer una comisión radicada en Buenos Aires, para que decida en última instancia.

La obra que hoy damos a publicidad es la primera en aparecer en nuestro idioma bajo los auspicios del FONDO DE EDUCACIÓN TEOLÓGICA. Esta, como asimismo la segunda, habían sido previamente preparadas, aguardando una oportunidad para salir a luz, la cual hoy les brinda el FONDO DE EDUCACIÓN TEOLÓGICA.

C. T. G.

CONTENIDO

I.	EL CULTO PRIMITIVO: SUS ORIGENES Y DESARROLLO	15
1.	Orígenes	15
2.	La <i>Kiddush</i> y la Última Cena	19
3.	La edad subapostólica	21
4.	El siglo segundo	25
5.	Los siglos tercero y cuarto	29
6.	El orden eclesiástico de Hipólito (siglo tercero)	37
II.	FORMAS LITURGICAS EN EL ORIENTE ..	42
1.	La llamada Liturgia Clementina, contenida en el Libro VIII de las "Constituciones Apostólicas", c. 380 DC.	42
2.	Ritos orientales conexos de los siglos quinto y sexto	50
3.	Desarrollos del ritual y ceremonial en el oriente después del siglo cuarto	54
III.	FORMAS LITURGICAS EN OCCIDENTE ..	61
1.	Los ritos galicanos	63
2.	El rito romano	72

IV. FORMAS LITURGICAS EN LAS IGLESIAS DE LA REFORMA	91
1. Los ritos luteranos	92
2. Los ritos zuinglicanos	100
3. Los ritos alemanes de Estrasburgo	107
4. Ritos franceses de Calvino en Estrasburgo y Ginebra	135
5. Los ritos reformados y sus sucesores en Escocia	143
6. Los ritos reformados y sus sucesores en Inglaterra	161
7. El rito inglés en el <i>Libro de Oración Común</i>	169
8. La Liturgia escocesa en el <i>Libro de Oración Común</i> escocés	179
9. Algunas liturgias modernas: la Católica Antigua, la Católica Apostólica y la de la Iglesia Unida de Canadá	184
V. EL CICLO CRISTIANO DE ORACION	188
1. Los oficios corales y sus desarrollos modernos	188
2. El Año Cristiano	196
3. Algunas formas de oración	199

P R E F A C I O

Con esta obra hemos intentado ofrecer un bosquejo conciso del culto cristiano y de las formas que ha asumido desde las épocas más tempranas hasta el presente. La meta que nos hemos propuesto ha sido práctica, tratando de mostrar una clara delineación de los hechos y principios fundamentales, en una época en que en todas las comuniones de la Iglesia se manifiesta un renovado interés por el culto.

Hemos dedicado una gran proporción del espacio al culto de las iglesias reformadas, particularmente a las liturgias más primitivas de esas iglesias. Esto ha sido necesario en razón del extraño descuido mostrado por los eruditos británicos hacia estas liturgias, lo que ha resultado en un difundido desconocimiento de un período de los más importantes.

En nuestra consideración del culto público nos hemos limitado al culto dominical matutino de la Iglesia, y todo lo derivado de los oficios corales.

Para que una obra como ésta sea de utilidad se requiere documentación, pero me ha parecido de primera importancia que la misma estorbe lo menos posible. Por lo mismo, en lugar de citar referencias en las notas al pie, hemos empleado números que se refieren a la Bibliografía ofrecida al final. Los números romanos indican la sección y los arábigos, la obra en cuestión. Cuando se hace referencia a un texto o compilación, el número romano es reemplazado por la palabra "Texto". La bibliografía, aunque limitada en pro de la economía y simplicidad, bastará para orientar al lector hacia los principales textos litúrgicos y las obras normativas que, a su vez, ofrecen la literatura del tema en todas sus ramificaciones.

Debo especial gratitud al reverendo W. Napier Bell, M. A., por sus muchas sugerencias sabias y útiles, y por su valiosa colaboración en la lectura del original y las pruebas; también al reverendo Millar Patrick, D. D., y al reverendo W. McMillan, Ph. D., D. D., por sus consejos y críticas, y también al Sr. J. C. Meikle, de la Oxford Press, por su gran amabilidad al compilar el Índice.

W. D. M.

PREFACIO A LA TERCERA IMPRESION

Desde la segunda impresión de este libro, ha aparecido *The Book of Common Order*, 1940 (*El Libro del Orden Común*), que constituye la norma autorizada del culto de la Iglesia de Escocia. Por consiguiente, hemos eliminado la sección original de las pgs. 135-136 que describían el rito interino de la Iglesia de Escocia reunida tal como aparece en *An Ordinal and Service Book for the Use of Presbyteries (Un Ordinal y Manual de culto para el empleo de los presbiterios)*, y la hemos reemplazado por una descripción sucinta y escasamente adecuada del rito ahora establecido en la Iglesia de Escocia.

Si el espacio lo hubiera permitido, hubiéramos debido hacer otras alteraciones. En particular, como lo ha señalado el Dr. J. S. Whale, he omitido mencionar el notable enriquecimiento del culto debido a la contribución de los grandes himnólogos ingleses de los siglos XVIII y XIX, cuyos himnos llegaron a formar parte integral del culto anglicano y, especialmente, del culto congregacionista y metodista y, posteriormente, del escocés. Pido disculpas por esta omisión, y refiero al lector a la sección X de la Bibliografía donde encontrará mayor orientación, en manera especial en la valiosa obra de Bernard Lord Manning, *Los himnos de Wesley y Watts* (Londres, 1942).

W. D. M.

I

EL CULTO PRIMITIVO: SUS ORIGENES Y DESARROLLO

El culto consiste en nuestras palabras y acciones. Es la expresión externa de nuestro homenaje y adoración, cuando estamos reunidos en la presencia de Dios. Estas palabras y acciones están gobernadas por dos cosas: nuestro conocimiento del Dios a quien adoramos, y los recursos humanos que somos capaces de aportar a ese culto.¹ El culto cristiano se diferencia de todos los demás cultos en que se dirige al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Su desarrollo es peculiar porque el Espíritu Santo ha estado con y en la Iglesia para aconsejarla y dirigirla desde el día de Pentecostés. Esto es lo que da al enfoque histórico del culto su validez peculiar e importancia práctica.

1. *Orígenes*

El Nuevo Testamento había sido ya redactado antes que el culto cristiano alcanzara su pleno desarrollo, pero no nos deja sin un testimonio claro. El libro de los Hechos retrata la vida primitiva de la Iglesia, y las epístolas y el Apocalipsis añaden mayores detalles. Cuatro cosas sobresalen. Primera, que por lo menos por algún tiempo los cristianos continuaron participando del culto en las sinagogas y en el Templo. Segunda, que compartían frecuentemente una comida común conocida como el *ágape* o fiesta de amor. Tercera, que usual-

¹ En cuanto a obras sobre la teoría del culto, véase la sección I de la Bibliografía.

mente al finalizar el *ágape*, y a veces aparte del mismo, celebraban la eucaristía en obediencia al mandamiento de nuestro Señor dado en la última cena.² Cuarta, que esta acción era seguida a menudo de profecías o discursos en lenguas, un ejercicio extático para el que algunos tenían dones especiales, pero que debía ser cuidadosamente controlado, como puede verse de las admoniciones de San Pablo al respecto. En una época relativamente temprana, aproximadamente la mitad del segundo siglo, los elementos segundo y cuarto desaparecieron de la corriente principal del culto cristiano. Por consiguiente, no hace falta que nos ocupemos con ellos. Nos reduciremos a prestar atención a los dos elementos permanentes que derivan respectivamente de la Sinagoga y del Aposento Alto.

La lectura y exposición de las Sagradas Escrituras en un ambiente de alabanza y oración han constituido desde el principio uno de los elementos esenciales del culto cristiano. Esta es una herencia directa de la Sinagoga judía.

Nuestro Señor mismo, "como era su costumbre", había participado regularmente del culto de las sinagogas; San Pablo siempre iba a la sinagoga como primera cosa cuando llegaba a una nueva ciudad; y los cristianos de origen judío amaban a la sinagoga y sus costumbres, donde habían adorado y habían recibido su educación desde la temprana niñez. Por lo tanto, era de esperarse que, cuando los cristianos fueran expulsados de las sinagogas, su culto siguiera líneas similares y contuviera muchos de los mismos elementos.

Por el contrario, el culto del Templo dejó pocas huellas sobre el culto cristiano, y esto así principalmente por dos razones. Primera, porque la gran mayoría de los judíos de la Dispersión nunca habían visto el culto del Templo y, aún en Palestina, el verdadero hogar del culto judío en el tiempo de nuestro Señor se encontraba en las sinagogas; mientras que para los cristianos de origen pagano poco significaban el Templo y su culto. En segundo lugar, porque cuarenta años después de la muerte de nuestro Señor, el Templo fue destruido

² Véase, por ej., I. 14, pgs. 20-22 sobre la diferencia entre la Cena del Señor y la eucaristía. Realmente no importa mucho si nuestro Señor empleó o no concretamente las palabras de la institución. Véase, por ej., III. 13, pg. 127.

por los romanos para no ser reconstruido nunca más; las sinagogas permanecieron.

El origen de la sinagoga es oscuro, pero se sabe que se desarrolló en la Dispersión.³ Para preservar su vida distintiva y para darle continuidad, los judíos necesitaban, como pueblo, tener acceso constante a sus libros sagrados. La institución de la sinagoga surgió de esta necesidad, hasta que en la época de nuestro Señor existía por lo menos una sinagoga en el centro de cada comunidad considerable de judíos, desde Persia hasta los límites más occidentales del Imperio Romano.

El propósito primario de la sinagoga era el de capacitar a los hombres para escuchar la Ley leída y expuesta. El acto central de su culto era, de consiguiente, la lectura de la Ley, primero en hebreo, luego en la lengua común acompañada de una exposición. Alrededor de esto se reunieron cantos y oraciones en forma natural e inevitable.

Para la alabanza, se usaban los antiguos salmos y se compusieron nuevos. Las oraciones tenían una forma tal que todos podían tomar parte en su recitado y, aunque no fueron puestas por escrito hasta probablemente el siglo cuarto o quinto de nuestra era, en la época de nuestro Señor parece que tanto su forma como su contenido estaban ya prescritos y eran transmitidos por la tradición oral. Para esa época también se incluía en los servicios de la sinagoga lecturas de los libros proféticos, que dos siglos antes habían sido incluidos en el canon de las escrituras judías. El cristianismo heredó todo esto del antiguo judaísmo.

Pero el culto cristiano no era una copia exacta del culto de la sinagoga. Había un énfasis y un contenido nuevos de acuerdo con la nueva revelación y para expresar el nuevo espíritu. El centro de interés pasó de la Ley a los libros proféticos. Pronto, aunque pasaría más de un siglo antes que el canon quedara determinado, también las escrituras cristianas comenzaron a tomar forma, incluyendo las cartas y memorias de los apóstoles y otros, colecciones de los dichos y los hechos de nuestro Señor, y finalmente el Apocalipsis. Estas nuevas escri-

³ Probablemente el factor que más contribuyó al origen de la sinagoga fue la reforma de Josías; véase Oesterley y Robinson, *Hebrew Religion (La religión hebrea)*, Londres, 1930, pg. 212.

turas pronto tuvieron precedencia sobre las antiguas, asignándosele el lugar más elevado a los evangelios, que Orígenes describió como "la corona de toda la Escritura". Los cristianos siguieron empleando los Salmos en su culto de la manera que habían acostumbrado en las sinagogas, pero también comenzaron a componer himnos propios. También sus oraciones, aunque emparentadas con la forma de las de la sinagoga de manera que todos pudieran participar de las mismas, pronto sufrieron una evolución separada, hasta dar origen a un nuevo cuerpo de devoción, apto para expresar el culto de quienes habían venido a conocer a Dios tal como se revela en Jesucristo.

A todo esto, los cristianos primitivos añadieron otro elemento derivado directamente de nuestro Señor, la perpetuación en oración y comunión sacramental de la experiencia del Aposento Alto. Más de lo que podían hacerlo las palabras, esta acción santa recordaba lo que nuestro Señor había hecho y subrayaba la conciencia suprema de su presencia viviente que les acompañaba. La experiencia estaba cargada con el poder de la resurrección; y, en obediencia a la exhortación apostólica, pronto se hizo costumbre la celebración de la Cena del Señor en el primer día de la semana, al rayar el alba, en la hora en que él se les revelara, como hora del culto. El día del Señor no era el viernes, el día de su muerte, sino el domingo, el día de su resurrección; y a ese día pertenecía su más exaltado acto de culto, en el que exhibían victoriosamente su muerte en la eucarística, mientras que él mismo, su Señor resucitado, estaba presente entre ellos. No tenían ninguna teoría de la presencia de nuestro Señor en el sacramento tal como las que vendrían a dividir la Iglesia en días sucesivos, pero la conocían como un hecho de la experiencia espiritual, como una realidad vívida.

Reuniendo, entonces, las referencias al culto que aparecen en el Nuevo Testamento a la luz de la historia posterior —un procedimiento razonable puesto que la historia es continua— llegamos a algo semejante a lo que sigue hacia fines del primer siglo:

Primero, lo que surgió de la sinagoga: lecciones de las nos (I Cor. 14:26; Ef. 5:19; Col. 3:16); oraciones en común Escrituras (I Tim. 4:13; I Tes. 5:27; Col. 4:16); salmos e him-

(Hech. 2:42; I Tim. 2:1-2) y amenes de la congregación (I Cor. 14:16); un sermón o exposición (I Cor. 14:26; Hech. 20:7); una confesión de fe, aunque no necesariamente la recitación formal de un credo (I Cor. 15:1-4; I Tim. 6:12); y tal vez ofrendas (I Cor. 16:1-2; II Cor. 9:10-13; Rom. 15:26).

Segundo, comúnmente junto con lo anterior, la celebración de la Cena del Señor, derivada de la experiencia del aposento alto (I Cor. 10:16; 11:23; Mat. 26:26-28; Marc. 14:22-24; Luc. 22:19-20). La oración de consagración incluiría acción de gracias (Luc. 22:19; I Cor. 11:23; 14:16; I Tim. 2:1), recordación de la muerte y resurrección de nuestro Señor (Hech. 2:42; Luc. 22:19; I Cor. 11:23, 25, 26), intercesión (Juan 17), y tal vez el recitado de la oración del Señor (Mat. 6:9-13; Luc. 11:2-4). Es probable que en esta parte del servicio hubiera cantos, y el ósculo santo (Rom. 16:16; I Cor. 16:20; I Tes. 5:26; I Pedr. 5:14). Los hombres y las mujeres estaban separados como en las sinagogas; los hombres a cabeza descubierta y las mujeres veladas (I Cor. 11:6-7). La actitud para la oración era ponerse de pie (Fil. 1:27; Ef. 6:14; I Tim. 2:8).

De esta manera el culto cristiano, como cosa distintiva e indígena, nació de la fusión de la sinagoga y el Aposento Alto, en el crisol de la experiencia cristiana. Así fundidos, cada uno completando y estimulando al otro, se convirtieron en la norma del culto cristiano. El culto cristiano halló otras formas de expresión, pero éstas pertenecen a la periferia y no al centro. El culto típico de la Iglesia se puede encontrar hasta el día de hoy en la unión del culto de la Sinagoga y la experiencia sacramental del Aposento Alto; y esa unión data de los tiempos del Nuevo Testamento.

2. *La Kiddush y la Última Cena*

El mismo origen de la Última Cena es una cuestión que podemos considerar aquí con provecho. Hasta recientemente, el concepto tradicional era que la Última Cena había sido la Pascua, celebrada por nuestro Señor con sus discípulos por última vez en la noche de su traición. Pero la evidencia ha sido reexaminada, y se ha propuesto otro concepto que actualmente goza de mayor aceptación como el que mejor explica los hechos.

Puede ser resumido de la siguiente forma. Se sostiene que

la Última Cena deriva de un sencillo refrigerio compartido semanalmente por pequeños grupos de hombres judíos, muy a menudo por un rabino y sus discípulos. Su propósito era preparar para el sabat o para un festival, y tenía un carácter religioso. Consistía en una plática religiosa seguida por una sencilla comida de pan común y vino mezclado con agua, pasando la copa de uno a otro, y por oraciones. Esta comida era conocida como la *Kiddush*, y se la observaba comúnmente en círculos piadosos de entonces, especialmente en círculos mesiánicos. Es casi seguro que nuestro Señor y sus discípulos estaban acostumbrados a participar de esta comida de comunión en la víspera de cada sabat y festival: por consiguiente, la "última cena" fue la última de estas comidas que compartieron.

Al examinar los relatos, encontramos muchas indicaciones de que aquí tenemos el origen de la Última Cena.

Si la Pascua había comenzado en "la noche en que él fue entregado", nuestro Señor no habría podido ser juzgado y ejecutado ese mismo día, porque era contra la ley de los judíos celebrar un juicio o una ejecución durante la Pascua. Pero la Última Cena tuvo lugar, de acuerdo al cómputo judío, en el mismo día de los juicios y la crucifixión. Esto basta para probar que lo que nuestro Señor compartió con sus discípulos fue una comida prepascual, y no la correspondiente a la Pascua; aunque, estando estrechamente asociada con la Pascua como una parte normal de su celebración, no es irregular que se la denominase la "Pascua" en los relatos de los evangelios: para un lector judío sería muy claro qué se significaba de esa manera.

Más aún, el carácter de la Última Cena era fundamentalmente diferente del de la Pascua. La Pascua era un festival estrictamente familiar; la *Kiddush* siempre era observada por un grupo de amigos masculinos. Durante la Pascua se ofrecía un cordero pascual; esto falta en la Última Cena, pese a que era esencial para la Pascua. Para ésta se exigía pan sin levadura (ἄζυμος); pero en la *Kiddush* se empleaba siempre pan común leudado (ἄρτος) y todos los relatos señalan específicamente que en la Última Cena se empleó pan común. En la Pascua se usaban varias copas; en la Última Cena, como en la *Kiddush*, sólo hubo una copa. Durante la Pascua se leía invariablemente el pasaje que narra el éxodo de Egipto; no hay

mención alguna de que tal cosa se hubiera hecho en la Última Cena.

Hay otro punto relativo a la historia ulterior de la eucaristía que puede mencionarse también. Desde el comienzo la Cena del Señor fue celebrada con frecuencia, y una celebración semanal pronto se convirtió en la práctica aceptada. La *Kiddush* también era celebrada semanalmente, pero la Pascua sólo una vez al año. Sin embargo, su costumbre subsecuente muestra claramente que los discípulos comprendieron de las palabras y acciones de nuestro Señor que debían celebrar la eucaristía con frecuencia; esto hubiera sido improbable si la Última Cena hubiera sido la Pascua anual y no la *Kiddush* semanal.

Para concluir, puede notarse que el vino de la *Kiddush* se mezclaba con agua conforme a la moda oriental común; y tal ha sido, aparte de la Iglesia Armenia, la práctica universal de la Iglesia al celebrar la eucaristía.

Estos puntos, por sí y en conjunto, demuestran en forma concluyente que la Última Cena deriva de la *Kiddush*.⁴

3. La edad subapostólica

Ningún texto litúrgico perteneciente a este período ha llegado hasta nosotros. Nuestras fuentes de información son magras, pero bastan para indicar la tendencia general del desarrollo, y muestran que los ritos de la Iglesia, aunque todavía en un estado flúido, eran fundamentalmente similares. Hasta cerca del año 140 DC nuestras únicas fuentes de importancia son la carta de Clemente de Roma a los corintios (96 DC), la carta de Plinio al emperador Trajano (112 DC) y la *Didajé* (c. 130-140 DC).

La carta de Clemente⁵ no es un documento litúrgico sino una exhortación, pero en determinado momento irrumpe en

⁴ Véase especialmente II. 1, 2, 3 y 9, III. 9, y III. 13, pgs. 123 ss, sobre la *Kiddush*. Contra este concepto, véase J. Mackinnon, *The Historic Jesus* (El Jesús histórico) Londres, 1931, pgs. 217 ss, I. 6, pgs. 44 ss y XII. 2, pgs. 1 ss.

⁵ Su *Primera epístola a los corintios*, lix-lxii, versión española del original griego por Sigfrido Huber en su obra *Los Padres apostólicos*, Buenos Aires, Ediciones Desclée, de Brouwer, 1949, pgs. 156-160 (Nota del traductor).

palabras que aparecen en liturgias de dos siglos más tarde.⁶ La oración carece de orden, pero posee una notable dignidad y solemnidad de expresión. He aquí un extracto:

"Pediremos al Hacedor de todas las cosas,

Conserve íntegro el número contado de sus escogidos en todo el mundo, por su amado Hijo y Siervo, Jesucristo, por el que nos ha llamado de las tinieblas a la luz... Tú abriste los ojos de nuestro corazón, para conocerte a Ti... que humillas la altivez de los soberbios, disuelves las resoluciones de los pueblos, levantas a los humildes y humillas a los altivos... Suplicámoste, ¡oh Soberano Señor!, sé nuestro ayudador y protector. Salva a quienes viven en tribulación, apiádate de los humildes, levanta a los caídos, muéstrate a los menesterosos, cura a los enfermos, y vuelve a los descarriados de tu pueblo. Alimenta a los hambrientos, redime a nuestros presos, fortalece a los débiles, consueta a los pusilánimes. Conozcan todos los pueblos que Tú eres el solo Dios, y Jesucristo tu Hijo y Siervo, y nosotros tu pueblo y las ovejas de tus pastos...

Tú, Señor, creaste la tierra habitada, fiel en todas las generaciones, justo en los juicios, admirable en poder y majestad...; benigno y misericordioso: Perdónanos nuestras iniquidades e injusticias, nuestras caídas y deslices...; purifícanos con la purificación de tu verdad y endereza nuestros pasos...; muestra tu semblante sobre nosotros...; danos paz y concordia a nosotros y a todos los habitantes de la tierra...

Tú, ¡oh Soberano Señor!, diste a nuestros príncipes⁷ y jefes sobre la tierra la potestad regia, por tu magnífica e inefable potencia, para que, reconociendo la gloria y autoridad que Tú les otorgaste, nos sujetemos a ellos en cuanto no sea contrario a tu voluntad. Dale, Señor, salud, paz, concordia, estabilidad, a fin de que el mando que Tú les conferiste, lo ejerciten sin contratiempos... Dirige su consejo... a fin de que, ejerciendo piadosamente, en paz y clemencia, el poder recibido de Ti, consigan Tu misericordia. Tú solo tienes poder para darnos estos y otros bienes aun mayores; a Ti te confesamos por medio de nuestro Sumo Sacerdote y Protector de nuestras almas,

⁶ En III. 19, vol. I se detallan los paralelos entre Clemente y la liturgia del Libro VIII de las *Constituciones Apostólicas*.

⁷ Duchesne (III. 5, pg. 52) dice: "Nótese el espíritu en que los cristianos oran por el emperador en vísperas de la furia de Domiciano."

Jesucristo, por quien te sea la gloria y magnificencia, ahora, y de generación en generación y por los siglos de los siglos. Amén".⁸

Los eruditos concuerdan en que esta noble oración no puede ser considerada como la reproducción de una forma fija, sino que es un buen ejemplo del estilo de oración solemne empleado hacia fines del primer siglo, particularmente en la Gran Intercesión del celebrante de la eucaristía.

En un pasaje anterior de la carta⁹ hay una alusión al *Sanctus*, "Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos; toda la creación está llena de su gloria", que probablemente era ya entonces una parte acostumbrada de la eucaristía. También se hace referencia a la "ofrenda" de "oblaciones",¹⁰ la cual, aunque más tarde se emplee como término técnico para denotar la ofrenda de los elementos sagrados, aquí incluye probablemente la ofrenda de limosnas.

La carta de Plinio a Trajano¹¹ es más informativa, pero su valor litúrgico está limitado por el hecho que el autor no es cristiano y habla sólo de segunda mano cuando describe el culto de los cristianos en Bitinia, donde era gobernador. Se mencionan dos ritos, pero no está claro qué son exactamente. Ambos tienen lugar en un "día determinado" (*stato die*), lo que generalmente se interpreta como significando el domingo.

El primer rito se observa "antes del amanecer", cuando se canta *secum invicem*¹² un himno a Cristo como Dios, y los cristianos se comprometen por un *sacramentum* a abstenerse del mal. Se reúnen más tarde para comer lo que se describe como comida "común e inocua", y a esto se reduce el segundo rito.

Nuestro siguiente documento, la *Didajé*,¹³ aunque su fecha exacta es incierta, describe lo que generalmente se cree era el culto en círculos cristianos de origen judío en la edad sub-

⁸ De la versión española del original griego de Sigfrido Huber ya citada (*Nota del traductor*).

⁹ *Epístola* xxxiv. Cf. Isa. 6:3 y Apoc. 4:8, 11.

¹⁰ *Epístola* xl.

¹¹ En III. 6, pgs. 16-17 se encontrará un sumario más extenso y referencias al texto completo.

¹² Esto puede referirse a alguna forma de canto antifonal.

¹³ En III. 9, pg. 231 y en la edición de Bigg y Maclean, Londres, 1922, aparece el texto griego de los capítulos citados. Pero véase también XII, 2, pgs. 171-175.

apostólica. No pertenece a la corriente central del desarrollo del culto. Sin embargo, es de especial interés en parte porque ilustra una práctica íntimamente relacionada con la *Kiddush*,¹⁴ pero principalmente porque constituye un ejemplo de la combinación de eucaristía y *ágape*, en la que las bendiciones del pan y de la copa no sólo son separadas sino que la copa se bendice antes que el pan. Las oraciones son breves, y aquí las reproducimos completas:

ix. "En cuanto a la Eucaristía, así habéis de realizarla: Primero sobre el cáliz:

"Te damos gracias, nuestro Padre,
por la sagrada vid de David, tu siervo,
la cual nos enseñaste por Jesús, tu Hijo y Siervo;
A Ti la gloria en los siglos.

Y sobre la partición del pan:

Te damos gracias, nuestro Padre,
por la vida y la ciencia
que nos enseñaste por Jesús, tu Hijo y Siervo:
A Ti la gloria en los siglos.
Como este fragmento de pan
estaba disperso sobre los montes,
y, recogido, se hizo uno,
así sea recogida tu Iglesia
desde los límites de la tierra en tu Reino:
porque tuya es la gloria y el poder,
por Jesucristo, en los siglos.

Pero nadie coma ni beba de vuestra Eucaristía, sino únicamente los que están bautizados en el nombre del Señor. Porque también de esto el Señor ha dicho: "¡No deis lo santo a los perros!"

x. Y después de hartaros, así dad gracias:

Te damos gracias, Padre Santo,
por tu santo nombre,
al cual hiciste habitar en nuestros corazones
y por la ciencia y fe e inmortalidad,
que nos enseñaste por Jesús, tu Hijo y Siervo:
A Ti la gloria en los siglos.

Tú, ¡oh Señor Todopoderoso!,
lo creaste todo a causa de tu nombre,
diste comida y bebida a los hombres para su fruición,
para que te diesen gracias.

¹⁴ De la versión española de Sigfrido Huber, *op. cit.* pgs., 73, 77, 81.

A nosotros, empero, nos regalaste comida y bebida espiritual

y la vida eterna, por Jesús, tu Hijo y Siervo.

Ante todo, te damos gracias porque eres poderoso:

A Ti la gloria en los siglos.

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia,

para librarla de todo mal,

y hacerla perfecta en tu amor.

Aúnala desde los cuatro vientos, la santificada

en tu Reino que para ella preparaste:

porque tuyo es el poder y la gloria en los siglos.

Venga la gracia (la versión copta dice: "el Señor"), y
pase este mundo.

¡Hosanna al Dios (copta: "la casa") de David!

Si uno es santo, que se acerque.

Si no lo es, que se convierta.

¡Marán athá! Amén.

A los profetas permitid hacer gracias (o, como podría traducirse, "continuar la eucaristía") como quieran. (τοῖς σὲ προφήταις ἐπιτρέπετε εὐχαριστεῖν, ὅσα θέλουσιν)."

Se mencionan miércoles y viernes como días de ayuno, y el capítulo xiv pone bien en claro que el domingo era el día normal fijado para la celebración de la Cena del Señor:

xiv. "El día del Señor reuníos para la partición del pan y la acción de gracias, después de haber confesado vuestros pecados, para que sea puro vuestro sacrificio".¹⁵

4. El siglo segundo

El bien conocido relato que hace Justino Mártir del culto dominical en Roma, escrito en su *Apología* al emperador Antonino Pío, c. 140 DC, nos retrotrae a la corriente principal. Justino ofrece tan sólo un bosquejo amplio, pero eso basta para darnos una idea clara del culto de esa época; y puesto que escribe en Roma unos setenta años después de la muerte de San Pablo, podemos estar seguros de que el culto que describe no está muy alejado de la práctica apostólica. Aquí damos los pasajes más importantes.¹⁶

¹⁵ Véase las oraciones judías paralelas ofrecidas por Cabrol y Leclercq, *Monumenta Ecclesiae Liturgica*, I. i. 17-23.

¹⁶ *Primera apología*, lxx-lxvii. Otros pasajes de sus escritos confirman los detalles mencionados en estos relatos. *Nota del traductor*: las referencias españolas han sido tomadas de la obra de Sigfrido Huber, *Los santos Padres*, Buenos Aires, Ediciones Desclée, de Brouwer, 1946, I, pgs. 194-197.

En primer lugar, hay una descripción de una celebración de la eucaristía después de un bautismo.

Después de haber concluído las oraciones, nos saludamos unos a otros con el ósculo. Luego traen al *antistite* (presidente) de los hermanos, pan y un cáliz con agua y mezcla (de vino), y éste lo recibe, eleva gracias y alabanzas al Padre de todas las cosas, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y continúa el sacrificio de acción de gracias, porque Dios nos ha hecho dignos de estos dones. Concluídas las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama, diciendo: "¡Amén!"; *amén* en hebreo significa *así sea*. Habiendo el que preside terminado la acción de gracias y aclamado el pueblo, los llamados diáconos distribuyen a todos los asistentes una parte del pan eucarístico (sobre el que se ha dado gracias) y del vino mezclado con agua; y se llevan a los ausentes.

Este mismo alimento se llama entre nosotros *eucaristía*. A nadie es lícito participar de él sino a aquel que cree en la verdad de lo que nosotros enseñamos, que ha sido lavado mediante el bautismo de la remisión de los pecados y del nacimiento nuevo, y que vive según Cristo ha enseñado.

Justino afirma más adelante que estas cosas son recibidas, "no como pan vulgar o como bebida ordinaria" sino como "la carne y sangre" de Cristo, y que esto es así de acuerdo con los evangelios, en los que se transmite el mandamiento expreso de nuestro Señor. Añade también que este rito cristiano no tiene conexión con el mitraísmo, sino más bien a la inversa:

Los malos demonios remedaron estas sagradas ceremonias en el culto secreto de Mitra. Pues ya sabéis o podéis fácilmente llegar a saber que, en aquellas funciones de iniciación, ofrecen pan y un cáliz con agua, acompañado de ciertos rezos.

Después, Justino describe el servicio dominical tal como se lo celebraba normalmente.

En el día que tiene su nombre del sol, todos los (hermanos) que habitan las ciudades o la campiña, se reúnen en un lugar común; y en estas asambleas se leen las memorias de los Apóstoles o los escritos de los Profetas, en cuanto el tiempo lo permita. Habiendo terminado el lec-

tor, el que preside pronuncia una alocución exhortando y alentando a seguir aquellas hermosas enseñanzas y ejemplos. Después todos juntos nos ponemos de pie y dirigimos nuestras oraciones al Cielo. Y, según dijimos más arriba, concluídas las oraciones, traen pan y vino con agua, y el que preside, asimismo eleva, con la mayor devoción, oraciones y acción de gracias, y el pueblo aclama diciendo: "¡Amén!". Luego se procede a la distribución de todo lo que ha sido consagrado, y todos los presentes comulgan; y los diáconos llevan a los ausentes.

Justino finaliza su descripción mencionando los dones reunidos por personas pudientes; éstos son entregados al presidente para emplearlos según le parezca para el sostén de viudas y huérfanos, la ayuda a los presos y la asistencia de los extranjeros en sus viajes. Señala, en conclusión, que el día cristiano de culto es el primer día de la semana porque conmemora la creación y la resurrección del Señor.

De éstos y otros pasajes de las obras de Justino, puede reconstruirse la liturgia tal como se la celebraba alrededor de la mitad del segundo siglo, como sigue:

La liturgia de la Palabra

Lecciones de los profetas, y de las epístolas y evangelios (llamados "memorias de los apóstoles")
Instrucción y exhortación basada en las lecciones
Oraciones en común, aparentemente en forma de letanía
Salmos e himnos probablemente también tenían lugar

*La liturgia del Aposento Alto*¹⁷

Ósculo de paz
Ofertorio: Colecta de los dones para los pobres
Introducción de los elementos
Oración de consagración:¹⁸
Acción de gracias por la creación, providencia y redención

¹⁷ A lo largo de la presente obra, he preferido usar nombres que indican su origen para denominar estas divisiones comunes a todas las liturgias. En el oriente la designación usual era *Proanáfora* y *Anáfora*; en occidente, *Missa catechumenorum* y *Missa fidelium*.

¹⁸ Basada en la reconstrucción de Linton en Texto 1 pág. 15. Probablemente esté equivocado al incluir en la oración las palabras de la institución, ya que no existe evidencia contemporánea que sostenga ese concepto.

Recuerdo de la Pasión (conocido más tarde como la Anamnesis)
 Oblación de dones con oblación de uno mismo
 Invocación del Verbo y del Espíritu Santo para que bendigan los dones de pan y vino (conocida más tarde como la Epiclesis)¹⁹
 Intercesiones
 Amén de la congregación
 Fracción
 Comunión
 Despedida

Se observará que en este culto primitivo se mantenía un equilibrio entre los elementos sacramentales y los escriturales: formaban parte integral del rito tanto la lectura de las Escrituras con instrucción como la consagración y recepción del pan y vino. Faltando alguno de ellos, el rito estaba incompleto.

Aparte de la salmodia e himnodia, la oración asumía dos formas: la que ofrecía el celebrante "de acuerdo a su habilidad", y a la que todos respondían diciendo Amén; y la que repetían "todos juntos", implicando así una forma de letanía. Así tenemos la solemne oración de consagración dicha por el celebrante solo, y una letanía de alguna forma en la que todos participaban.

El celebrante, tal como lo indica su designación,²⁰ dirigía el culto de pie detrás de la Santa Mesa y de frente a la congregación. Esta posición del celebrante está confirmada posteriormente por el arreglo de las primeras basílicas,²¹ y se la conoce técnicamente como la postura basilicana.

La consagración se realiza por medio de la oración, no por fórmulas; y los elementos consisten en pan leudado y vino mezclado con agua. La congregación es servida por los diáconos.

En conclusión, Justino no menciona otra forma de culto que la eucaristía. Recién en tiempos de Tertuliano (c. 200) escuchamos definidamente de vigiliat, servicios de medianoche

¹⁹ Sobre el origen de la epiclesis, véase II. 1, pgs. 205-230, y III. 20, y el resumen en *Theology* (Teología), S.P.C.K., sept. 1935, por E. C. Ratcliffe.

²⁰ Véase más arriba, pg. 24.

²¹ Véase más abajo, pgs. 42-43; también IX. 1, pg. 86, y III. 7, pg. 100.

preparatorios para la eucaristía y probablemente derivados de una vigilia anual que se celebraba en vísperas de Pascua; treinta años después encontramos la primera evidencia —la de San Cipriano— de la observancia de días conmemorativos de mártires.

5. Los siglos tercero y cuarto

Las fuentes se vuelven ahora demasiado amplias para permitirnos un examen detallado y sólo podremos seguir el curso principal del desarrollo del culto. La evidencia más importante viene de los escritos de Clemente de Alejandría (+ c. 220), Tertuliano (+ c. 240), Orígenes (+ c. 251), un libro de oraciones perteneciente a un obispo egipcio, Sarapion de Thmuis (c. 340), consagrado por San Atanasio, y de las conferencias catequísticas de Cirilo de Jerusalén, desarrolladas en esa ciudad en el año 347.²² El orden eclesiástico de Hipólito también proporciona evidencia interesante, pero lo reservamos para una discusión separada.²³

Todos estos autores, excepto Sarapion e Hipólito, son reticentes cuando tratan la oración de consagración y la liturgia del Aposento Alto. En este período los cristianos estaban bajo sospechas y sujetos a persecuciones esporádicas; en consecuencia, conservan sus "misterios" en secreto, revelándolos solamente a los iniciados. Este secreto, observado desde poco después de la muerte de Justino hasta la muerte de Constantino, era conocido como la *disciplina arcani*. Sin embargo, en sus escritos aparecen muchos detalles nuevos e importantes; y, puesto que no son usualmente citados como novedades, es probable que muchos de los mismos hubieran estado imbuidos por mucho tiempo en la práctica cristiana, aunque sea obscura la fecha precisa de su origen.

Cipriano, por ejemplo, es el primero en mencionar el *Sursum corda*, que de aquí en adelante aparece como la introducción a la oración de consagración en todas las liturgias

²² No es necesario dar aquí las referencias en detalle; las más importantes pueden ser halladas convenientemente en Texto 2, pgs. 20-25, o en Fortescue, III. 6, pgs. 28-53. En cuanto al libro de oraciones de Sarapion, véase la traducción inglesa en Texto 3, y el artículo de Brightman en el *Jour. of Theol. Studies* (Revista de estudios teológicos), i. 88-113.

²³ Véase más abajo, pgs. 33-39.

conocidas. También encontramos en esta época una referencia definida a la salutación, así llamada porque constituía el saludo habitual de los cristianos al encontrarse. Los cristianos son la familia de Dios; era natural, entonces, que el obispo o presbítero presidente saludara de esa manera a la congregación al comienzo de cada servicio. Pronto se convirtió en el prefacio de todo llamado a la oración, inclusive del *Sursum corda*, y el siguiente pasó a ser un diálogo común:

Salutación. Ministro: El Señor sea con vosotros.

o, Paz sea con vosotros.

o, La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros.

Congregación: Y con tu espíritu.

Sursum corda. Ministro: Levantad vuestros corazones.

Congregación: Los levantamos al Señor.

Ministro: Demos gracias al Señor.

Congregación: Dárselas es digno y justo.

Ya hemos mencionado el *Sanctus*,²⁴ pero ahora aparece en una forma utilizada ampliamente:

Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso,
Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria;
Gloria sea a ti, oh Señor.

Otras respuestas que se mencionan son el *Kyrie eleison* ("Señor, ten misericordia"), la respuesta normal de las letanías, junto con el "Gracias sean a Dios", y los amenes. Se menciona también el Padrenuestro, siguiendo a la oración de consagración.

El ceremonial era sencillo: todo era hecho decentemente y en orden. Las oraciones se decían de pie o de rodillas, los brazos extendidos con las palmas hacia afuera, o cruzados sobre el pecho. Se leían las lecciones desde una tribuna o tribunas ubicadas donde los lectores pudieran ser escuchados fácilmente, y el sermón eran predicado desde las gradas del santuario. La

²⁴ Véase más arriba, pg. 22. Debe diferenciarse del *Trisagion*:

Santo Dios, Santo y Poderoso, Santo e Inmortal,
Ten misericordia de nosotros.

que encontramos más tarde como un elemento constante de casi todas las liturgias orientales y galicanas. En la romana se lo emplea solamente en el Viernes santo, durante la misa de los presantificados.

gelio, como si escuchara una proclama de su rey.²⁵ Los donativos y limosnas se colectaban a la hora del ofertorio, cuando se preparaban los elementos. Durante la comunión el celebrante recibía los elementos primero, para dar ejemplo a la congregación, luego los demás clérigos conforme a su rango, los "religiosos", los hombres, y las mujeres.

Gradualmente empezaron a aparecer mayores signos de respeto, tanto de los clérigos como de la congregación. Esto se notaba especialmente en dos puntos en los que se hacía especial énfasis en la Encarnación: cuando el libro del Evangelio era traído de la santa Mesa al lugar donde se leía el Evangelio, y cuando se traían los elementos a la santa Mesa. Pronto creció la ceremonia alrededor de estos actos. Era natural que la devoción se expresara no sólo en palabras sino en acción reverente y dramática.

El número de clérigos que tomaba parte dependía del número disponible en la iglesia local; el celebrante podría ser un obispo o presbítero, y no era desusada la práctica de la celebración conjunta, en la que un obispo y sus presbíteros, o varios presbíteros juntos, recitaban la liturgia al unísono. Los diáconos cumplían una variedad de funciones. El diácono principal dirigía a la congregación durante el culto, y recitaba algunas letanías. Otros diáconos guardaban el orden, cuidaban las puertas, levantaban la ofrenda, y presentaban los elementos en el ofertorio, leían el Evangelio y asistían en la comunión de la congregación. Ministros menores oficiaban de lectores, incensarios, etc.

El culto estaba todavía en un estado flúido, pero la estructura típica de la liturgia tal como se la celebraba a fines del tercer siglo y comienzos del cuarto en una iglesia metropolitana sería aproximadamente la siguiente:

La liturgia de la Palabra

Lecciones: la Ley, los profetas, epístolas, los Hechos, evangelios, cartas de obispos

Salmos entonados por cantores entre las lecciones

²⁵ Cureton en *Ancient Syriac Documents* (Antiguos documentos siríacos), pg. 27: "A la conclusión de todas las Escrituras, que se lea el Evangelio, como sello de todas las Escrituras; y que la congregación lo oiga puesta en pie, porque es las buenas nuevas de la salvación para todos los hombres". (De los llamados Cánones de Addai, tercer siglo).

Aleluyas
 Sermon o sermones
 Letanía del diácono para catecúmenos y penitentes
 Despedida de todos excepto los fieles

La liturgia del Aposento Alto

Letanía del diácono para los fieles, con dípticos (listas de nombres) de vivos y muertos
 Beso de la paz
 Ofertorio: Colecta de limosnas
 Presentación de elementos
 Preparación de elementos y mezcla del vino con agua.
Sursum corda
 Oración de consagración:
 Prefacio: Acción de gracias y adoración por la creación, etc.
Sanctus
 Acción de gracias por la redención.
 Palabras de la Institución
 Anamnesis
 Epiclesis
 Gran intercesión por los vivos y los muertos
 Padrenuestro
 Fracción
 Elevación —“Lo santo para los santos”— y Dación
 Comunión de todos en ambas especies, cada comulgante replicando Amén; durante la recepción los cantores entonaban los salmos 43 y 34
 Acción de gracias después de la comunión
 Letanía del diácono y breve intercesión del celebrante
 Reservación de pan solo, para los enfermos y ausentes
 Despedida

Con esta estructura delante nuestro, podemos ver la forma en que opera como un rito viviente.

El servicio comienza cuando los clérigos han ocupado sus lugares detrás de la santa Mesa en el santuario, que es un ábside semicircular con una plataforma elevada. Después de las oraciones privadas, comienzan las lecciones, cuyo número y extensión todavía no está prescripto; la última es siempre un Evangelio, leído por un diácono. Los cantores, que están fuera del santuario, usualmente en las gradas de una tribuna,

dirigen el canto entre las lecciones. Luego predica el obispo, seguido de uno o más presbíteros. Habiendo finalizado la instrucción, el diácono dirige letanías para los catecúmenos y otros que no son de los fieles, los que entonces son despedidos, mientras que los porteros vigilan que nadie entre. Así concluye la liturgia de la Palabra.

La liturgia del Aposento Alto comienza con la letanía del diácono para los fieles, en la que recuerda a los vivos y a los muertos. Luego todos dan el beso de la paz, probablemente acompañado por alguna forma de palabras tales como “La paz del Señor sea con vosotros”. El ofertorio, que sigue a continuación, consiste en la colecta de las limosnas, la presentación y preparación de los elementos, durante el cual se entonan salmos.

Entretanto se ha corrido una cortina para ocultar el santuario, aunque esta no era una costumbre universal, y el obispo, al saludar a la congregación, la invita a la oración con el *Sursum corda*, y comienza la oración de consagración, uniéndosele sus presbíteros si se acostumbra la celebración conjunta. Después de haber recitado el Padrenuestro, parte el pan; después, elevando el pan y la copa, clama: “Lo santo para los santos”, y la congregación responde: “Hay un solo santo, un solo Señor Jesucristo”, después de lo cual se acercan para comulgar, recibiendo los elementos en el orden citado más arriba. Los niños también participan de la comunión; los infantes tan sólo de la copa. Mientras tanto se cantan salmos, y el servicio concluye con una breve acción de gracias e intercesión por el obispo, a veces precedida por una letanía del diácono; una vez finalizada la oración del obispo, el diácono despide a la gente.

Ya vemos cómo ha crecido la liturgia. Aunque todavía no aparecen formas rígidas, excepto en el diálogo, tanto en estructura como en contenido hay una notable similitud a lo largo de toda la cristiandad.

No es difícil comprender cómo apareció una forma tradicional de palabras, acción y estructura. Quienes hacen las mismas cosas con frecuencia, caen en el hábito de hacerlas de la misma manera, especialmente si no hay razón para un cambio. El cambio innecesario involucra perturbación, confusión, incertidumbre, y por consiguiente desorden. Las formas de pala-

bras tienden a convertirse en tradicionales, y los jóvenes presbíteros copiarían a su obispo. Más todavía, las congregaciones más pequeñas mirarían naturalmente a la iglesia madre del distrito o de la provincia en busca de una norma, y modelarían su culto en consecuencia. También entre las grandes ciudades, vinculadas por los caminos romanos, habría un intercambio constante; y esto ayudaría a establecer una cierta uniformidad. Por supuesto, algunos detalles diferirían en ciertas localidades, y la extensión de las partes variaría de acuerdo a las costumbres locales. Sin embargo, las similitudes eran mayores que las diferencias, y de este rito flúido derivaron todas las liturgias de la cristiandad.

Probablemente los servicios tenían una duración de cerca de tres horas, y las oraciones eran paralelamente largas, pero el culto en general tenía un carácter tal que evocaba respuesta y cooperación.

Las letanías de los diáconos eran llamados a la oración, seguidos a intervalos frecuentes por la respuesta de la congregación, el *Kyrie eleison*. La oración de consagración no era interrumpida por respuestas excepto en el *Sanctus*, en el que toda la congregación participaba.

Como un ejemplo de la oración de consagración del periodo tenemos la del obispo Sarapion. Representa la costumbre egipcia alrededor de mediados del tercer siglo, y puede notarse la influencia de la *Didajé* o de un rito anterior que influiría sobre ambos. La oración carece de gracia y cohesión literarias, y está dominada por el concepto alejandrino del Logos. Probablemente a esto último se deba el curioso prefacio, donde la acción de gracias por la creación y providencia resulta transformada en adoración del Logos, así como la misión de la invocación del Espíritu Santo en la epiclesis y la falta de una anamnesis. Pese a ello, esta oración es un valioso ejemplo, descubierto hace menos de cincuenta años, del tipo de oración consagratória que existía antes que la liturgia se volviera rígida. Para indicar claramente su estructura, hemos dividido la oración en sus partes, con títulos en bastardilla.²⁶ Después del *Sursum corda*, comienza así:

²⁶ Tanto el texto como las divisiones están tomados del Texto 3, con pequeñas alteraciones. En cuanto al texto griego, véase III, 9, pgs. 186-187.

Prefacio: acción de gracias y adoración

Es digno y justo alabarte, cantarte, glorificarte, Padre ingénito del unigénito Jesucristo. Te alabamos, oh Dios ingénito, que eres inescrutable, inefable, incompreensible para cualquier substancia creada. Te alabamos, tú que eres conocido de tu Hijo, el Unigénito, por quien hablaste y fuiste interpretado y te manifestaste a la naturaleza creada... Te alabamos, oh Padre invisible, Proveedor de la inmortalidad. Tú eres la fuente de la vida..., de la luz..., de toda gracia y verdad, oh Amante de los hombres, oh Amante de los pobres, que te reconciliaste con todo, y atraes todo a ti mismo mediante el advenimiento de tu único Hijo amado. Te rogamos que nos hagas hombres vivientes. Danos un espíritu de verdad, para que podamos conocerte como el único Dios verdadero, y a aquel a quien tú has enviado, Jesucristo. Danos tu Espíritu Santo, para que podamos proclamar y anunciar tus misterios inefables. Que el Señor Jesucristo hable en nosotros y el Espíritu Santo te cante por medio de nosotros. Porque tú estás por encima de todo gobierno y autoridad y poder y dominio y de todo nombre que es nombrado, no sólo en este mundo sino en el venidero. A tu lado están millares y millones de millones de ángeles, arcángeles, tronos, dominios, principados, poderes; junto a ti están los dos serafines más honorables de seis alas, con dos alas cubriéndose el rostro, y con dos los pies, y con dos vuelan, y claman: Santo; con quienes recibe también nuestro grito de Santo, en tanto decimos:

Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos,
Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.

Oblación e institución

Llenos están los cielos, lléná también la tierra, de tu excelente gloria, Señor de los ejércitos. Llena también este sacrificio con tu poder y participación: porque a ti hemos ofrecido este sacrificio vivo, esta oblación incruenta. A ti hemos ofrecido este pan, la semejanza del cuerpo de tu Unigénito.

Este pan es la semejanza del santo cuerpo, porque el Señor Jesucristo, en la noche en que fue entregado, tomó pan, y lo partió, y diólo a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo que es partido por vosotros para remisión de pecados. Por tanto, nosotros tam-

bién haciendo la semejanza de la muerte hemos ofrecido el pan, y te rogamos mediante este sacrificio, oh Dios de verdad, que te reconcilies con nosotros y seas misericordioso; y así como este pan estaba disperso sobre los montes, y, recogido, se hizo uno, así recoge a tu santa iglesia de toda nación y todo país y ciudad y villa y casa, y hazla una viva Iglesia católica.

También hemos ofrecido la copa, la semejanza de la sangre, porque el Señor Jesucristo tomó una copa después de la cena, y dijo a sus discípulos: Tomad, bebed; éste es el nuevo pacto, mi sangre, que es derramada por vosotros para remisión de pecados. Por tanto, también hemos ofrecido la copa, presentando una semejanza de la sangre.

Epiclesis

Oh Dios de verdad, permite que tu santo Verbo venga sobre este pan, para que el pan pueda convertirse en el cuerpo del Verbo, y sobre esta copa, para que la copa se convierta en la sangre de la Verdad; y haz que todos los que comulgan reciban una medicina de vida para la salud de toda enfermedad y el fortalecimiento en todo progreso y virtud, no para condenación, oh Dios de verdad, y no para censura y reproche. Porque te hemos invocado, Ingénito, mediante el Unigénito en tu Espíritu Santo.

Intercesiones

Que esta congregación reciba misericordia; que sean contados como dignos de progreso; que los ángeles sean enviados como compañeros de la congregación para anotar al malo y para establecer tu Iglesia. Intercedemos también en pro de todos los que han sido llamados al descanso, cuyo memorial hacemos. (*Aquí se recitaban los nombres*. Santifica estas almas, porque tú lo sabes todo. Santifica todos los que descansan en el Señor, y cuéntalos con tus huestes santas, y dales un lugar y mansión en tu reino.

Recibe también esta eucaristía de tu pueblo, y bendice a los que han ofrendado las ofrendas y acciones de gracias; y concede salud y vigor y alegría, y todo progreso de cuerpo y alma a todo este pueblo; mediante el unigénito Jesucristo en el Espíritu Santo, como era y es y

será para generaciones de generaciones y por todos los siglos de los siglos. Amén.

6. *El orden eclesiástico de Hipólito (Siglo tercero)*

En tiempos pasados, diferían las opiniones en cuanto al lugar, fecha e importancia del llamado "Orden eclesiástico egipcio", pero ahora hay acuerdo general de que se trataba originalmente de un documento griego titulado *La tradición apostólica*, compilado por Hipólito de Roma en el segundo cuarto del tercer siglo. El texto griego se ha perdido, pero poseemos una traducción etíope completa derivada por medio del copto, y también fragmentos de traducciones latinas, coptas y arábigas.²⁷ Por ello Duchesne tiene razón al advertirnos que "cuando venimos a los detalles debemos andar con cautela, puesto que editores posteriores de obras de este estilo de composición siempre están inclinados a permitir que sus ideas y gustos modifiquen las instrucciones que se encuentran en el documento que sirve como base de su trabajo".

Para nuestros fines, la parte importante del orden de Hipólito es la oración de consagración empleada en la eucaristía en ocasión de la consagración de un obispo. No se trata de una oración rígida, pero el modelo que se indica contiene mucha fraseología tradicional. Como dice Hipólito: "No le es necesario recitar las mismas palabras, sino, de acuerdo a su propia habilidad, cada uno debe dar gracias".

Lieztmann considera acertadamente este documento como de la mayor importancia, pero parecería pretender demasiado cuando declara que es "el modelo de todas las liturgias conocidas por nosotros desde ese entonces hasta el día de hoy".²⁸ Gavin²⁹ aprueba este punto de vista, pero no añade nada a la argumentación. Podemos concordar con Duchesne que "su autor debe haber extraído su inspiración del uso romano". Sin embargo, es pura conjetura decir que representa *perfectamente* el uso litúrgico romano del siglo tercero, y es más seguro atri-

²⁷ La mejor edición inglesa y crítica en Texto 4; otra traducción inglesa de la oración de consagración en II. 4, pgs. 148-169; y en Texto 2. La que aquí citamos es de Duchesne, III. 5, pgs. 524 ss, donde también se ofrece la versión latina. Yo he efectuado una o dos enmiendas de menor importancia. Véase también III. 9, pgs. 14, 158 ss, 174 ss.

²⁸ III. 9, pg. 261.

²⁹ III. 8, pgs. 97 ss.

buir la carencia de elementos judaicos pero difundidos, tales como el *Sanctus* y la acción de gracias por la creación y providencia, a la excentricidad del autor o revisor, que declarar que esta falta es evidencia del uso primitivo en Roma. Algunos eruditos anglicanos y romanos, escribiendo recientemente, parecen inclinarse a atribuir demasiada importancia al canon de Hipólito, sin duda debido en parte a que se trata de un testigo de la primera mitad del siglo tercero que muestra varias de las mismas debilidades presentes en las actuales oraciones de consagración anglicanas y romanas, y en parte debido al entusiasmo que les ha despertado el encuentro de una fuente occidental temprana tan interesante. Pero probablemente la evaluación de Brilioth sea más equilibrada:

"En general, la evidencia me parece indicar que la fórmula de Hipólito no representa el tipo de servicio congregacional empleado hacia fines del siglo segundo, sino la obra de un individuo que se desvió de la forma tradicional³⁰ bajo la influencia de una teología paulina, y de una reacción contra los elementos judaicos de la liturgia, y que así tomó la pasión y la expiación como sus dos ideas dominantes; y que, en lo que toca al tema de la oración eucarística, la liturgia clementina es realmente más primitiva que la de Hipólito."³¹

Lo que sigue es una traducción de la oración de consagración. Posee la tersura y concisión que desde el principio caracterizó a la oración occidental y especialmente a la romana. La división en partes me pertenece; el orden de las partes posee mucha significación.

Después del beso de la paz, los diáconos presentan el pan y el vino a la santa Mesa, y el obispo, imponiendo sus manos sobre los dones, comienza la oración eucarística, acompañado por los presbíteros que celebran con-

³⁰ De hecho, Hipólito era un cismático.

³¹ III. 14, pgs. 25-26. La "Liturgia Clementina" es la del Libro VIII de las *Constituciones Apostólicas*, a la que nos referiremos en el capítulo siguiente. Hubiera sido más exacto decir que el tema de la oración eucarística clementina representa mejor la práctica primitiva más difundida que el de Hipólito.

juntamente con él:³² la salutación y el *Sursum corda* preceden a la oración que comienza con *acción de gracias por la redención*.

"Te damos gracias, oh Dios, mediante tu amado Siervo (*puer* derivado de *παῖς* = francés, *garçon* = siervo) Jesucristo, a quien nos enviaste en los últimos días, un Salvador y Redentor y Mensajero de tu voluntad, quien es tu Verbo inseparable, en quien te has contentado, y por quien hiciste todas las cosas. Tú le enviaste del cielo al seno de una virgen, quien, siendo concebido, fue encarnado y mostró ser tu Hijo (*filius*), nacido del Espíritu Santo y de una virgen; quien, cumpliendo tu voluntad y adquiriendo para ti un pueblo santo, extendió sus manos cuando sufrió para que pudiera librar del sufrimiento a los que creyeran en Ti.

Palabras de la institución

Quien, también, cuando fue traicionado de su propia voluntad para sufrir de modo que pudiera destruir la muerte, quebrantar los grillos del diablo, hollar bajo sus pies al infierno, iluminar lo justo, fijar los términos y manifestar su resurrección, tomando pan y dando gracias a ti, dijo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido. Después de la misma manera, tomó la copa, diciendo: Esto es mi sangre, que es derramada por vosotros; cuantas veces hiciéreis esto, hacéis mi memorial.

Oblación y epiclesis

Por tanto, en memoria de su muerte y resurrección, te ofrecemos este pan y esta copa, dándote gracias que nos hayas contado como dignos de estar delante tuyo y servirte.

³² La celebración conjunta tiene un origen antiguo y suele practicarse todavía en las iglesias orientales, especialmente en las fiestas solemnes. Era el método normal de celebración en la antigua Iglesia celta, y estaba difundida en las otras iglesias gálicas, sobreviviendo todavía en Lyons, en el Jueves santo. También sobrevive en el rito romano para la consagración de obispos y la ordenación de sacerdotes; pero puede ser empleada en cualquier momento. No es desconocida en "retiros" clericales y misas pontificales. Véase III. 7, pgs. 922. 91. 740. Véase también más arriba, pgs. 28 y 30.

Y te rogamos que envíes tu Espíritu Santo sobre esta oblación de tu santa Iglesia; que, uniéndolos en uno, concedas a todos los santos que los reciben que su fe sea confirmada en verdad en la plenitud de tu Santo Espíritu, para que puedan alabarte y glorificarte; mediante tu Siervo (*puerum*) Jesucristo, por quien toda gloria y honor sean a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en tu santa Iglesia, ahora y para siempre.

Y la congregación dirá: Como era, es, y será siempre, por los siglos de los siglos. Amén."

Sigue luego una serie de tres oraciones breves por el obispo, en las que se pide una digna recepción y los beneficios consiguientes, y en las que el diácono dirige a la congregación. Luego sigue la elevación, con este diálogo:

"El diácono dirá: Atendamos.

Y el obispo: Cosas santas a los santos.

Y la congregación dirá: Un santo Padre, un santo Hijo, uno es el Espíritu Santo.

El obispo dirá: El Señor sea con vosotros.

Y la congregación dirá: Y con tu espíritu.

(La congregación se adelanta entonces para recibir los elementos, después de lo cual el servicio concluye con una oración y una bendición. Las rúbricas no son claras, pero es probable que la primera oración fuera dicha por un presbítero, y la segunda, la bendición, dada por el obispo.)

Oración del presbítero

Dios Todopoderoso, Padre del Señor y nuestro Salvador Jesucristo, te damos gracias porque nos has impartido la recepción de tu santo Misterio: no permitas que sea para culpa o condenación, sino para la renovación del alma y cuerpo y espíritu; mediante, etc.

Y la congregación dirá: Amén.

Y el presbítero dirá: El Señor sea con vosotros.

Y la congregación dirá: Y con tu espíritu.

Bendición del obispo, ofrecida con la mano extendida

Eterno Dios Todopoderoso, Padre del Señor y nuestro Salvador Jesucristo, bendice a tus siervos y a tus donce-

llas; protégelos, ayúdalos y prospéralos por el poder de tu arcángel. Guarda y confirma en ellos tu temor por tu grandeza; provee que piensen lo que es tuyo y crean lo que es tuyo y deseen lo que es tuyo; concédeles paz sin pecado ni ira; mediante, etc.

Y la congregación dirá: Amén.

Y el obispo dirá: El Señor sea con todos vosotros.

Y la congregación dirá: Y con tu espíritu.

Y el diácono dirá: Idos en paz."